

mentos de la farsa fuerte e inquebrantable de los dueños del poder.

No es seguramente una novela sencilla, pero la pluma de la Buitrago es inconfundible. Tal vez no sea su mejor obra, pero el cúmulo de sensaciones, los ambientes recreados, la crítica a la sociedad enclavada en la ausencia de valores, esa misma sociedad que se derrumba por sus errores y se niega a aceptarlos, la manipulación y el desconocimiento del afecto por sobre la conveniencia quedan muy bien retratados y se logra generar un cúmulo de sensaciones valiosas.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

Bogotá literaria

Considéralo un sueño

José Manuel Crespo Campo
Cooperativa Editorial Magisterio,
1998, 347 págs.

Es una novela que rescata, de manera autobiográfica, la experiencia de toda una generación que creyó en la utopía revolucionaria en la década de los setenta, cuyos mitos se fueron desvaneciendo ante una realidad contradictoria y apabullante que amenazó al hombre de exterminio por los abusos del poder y la desmesura de una ciencia sin conciencia que hizo posible Hiroshima y Chernobil. Sin embargo, valiéndose de un arte interpretativo que le enseñó a comprender el sentido de lo que sin saber se había vivido, el narrador va en “busca del tiempo perdido”, para recuperar los instantes en que como un fragmento de luz se ingresa en un tiempo absoluto que lo salva de la contingencia y la desesperanza y, a la vez, le permite reflexionar sobre los enigmas de la vida, la realidad, el recuerdo, el sueño y el destino.

Para ello, se vale de las imágenes de una ciudad (Bogotá), que pasa

como la barca de Medusa con sus alquimias, sus latentes semillas de sadismo, sus casas de banquetes y sepelios, sus buitres carroñeros, sus sueños de furia y de fatiga, sus avenidas y sus antros, sus sitios de encuentro, en una noche apocalíptica, como la visión de la Nínive bíblica. Y, como Ulises, se sumerge en un océano de voces en esta urbe alucinada, paranoica y babélica, donde el yo es atrapado entre las brumas de la noche en un tiempo del “doble”, hasta descender a los infiernos, siguiendo el itinerario de los mejores dramas de Ibsen. Sin embargo, en lo cotidiano e insignificante germinan los milagros, y los instantes se transfiguran bajo el sol, y el verano en reino perdurable, en un hallazgo que sucede de repente: “Súbitamente vimos los seres y las cosas desde la orilla del asombro”.

Y, dentro de un crisol enorme de fábulas falsas e historias, resuenan las corrientes políticas, los mitos, las escenas de violencia y represión, las fuerzas, las ideas, los ídolos y todo el imaginario colectivo que nutrió a una generación que vivió de la utopía, el delirio, en un momento en que era imperativo “tomar por verdades las mentiras que a diario se necesitan para seguir viviendo”, pues, “¿a qué se debe que haya seres condenados a sumirse en las filas de las causas perdidas?”.

Así, leyendo los signos más precarios de la realidad dentro de esta escritura irreal que es toda urbe, pasando de lo cotidiano a lo histórico, el narrador va descubriendo una historia secreta, que nos devela todo lo que hay de falso dentro de un mundo asfixiante y cansado bajo el monótono sonido de las consignas políticas, pues “en toda vida humana ocurre algo infinitamente más profundo, valioso y verdadero que la suma de fugaces situaciones que se viven en esa idiotez dramatizada en que deviene nuestra mediocre realidad de cada día”.

Pero la historia se va pareciendo a la Biblia, ese texto donde cada cual encuentra lo que busca, mientras los sueños y la ideología se van diluyendo por hendiduras, por grietas, por

resquebrajaduras humanas, y cada cual va cumpliendo su destino regido por el viento de las incertidumbres. Así Sergio, voz ideológica y apasionado seguidor de Marx, Mao, Trotski, va evolucionando hacia un anarquismo para finalmente “convertirse” ante un fraile, encarnando así la conciencia del Éxodo. Los demás personajes (Helen, Jaime, Martina, Gladys) se van perdiendo en el velo del tiempo o de la muerte, mientras por sus voces vamos conociendo las anécdotas de una historia en *letra menuda* que se va pareciendo más al mundo fantástico de la literatura, como las del zarismo ruso que jugó a las escondidas con la revolución, las del gobernador de Crimea, Potemkin el Magnífico, que para impresionar a Catalina la Grande, ordena fingir un reino de paz y abundancia como en un pasaje del Gato con Botas, o las de Stalin, el minotauro bolchevique perseguido por los nazis que muere solo como los héroes de Gógol, y tantas otras.

Todo esto permite al narrador ir consignando en tono confidencial sus reflexiones sobre el poder, y la política, ámbito de Fausto y reverso de los ensueños, para indagar sobre las convicciones ideológicas y los mitos colectivos que hicieron posible a Hitler y el nacionalsocialismo, en aquellos tiempos oscuros y lejanos en que los sueños se convirtieron en realidades, en un demonismo colectivo en el que llama la atención el hechizo, la liturgia y todo ese ritual alucinante, que liga y religa el inconsciente con el reino subterráneo de los mitos devolviéndoles a las masas el sabor olvidado de la alegría y la fiesta. Así se traslada a la realidad de un medio reaccionario y mediocre como el nuestro, donde la historia se ha

DE LAS PALABRAS Y ECHO A VOLAR



escrito con la taquigrafía de los fusiles, y todo proyecto revolucionario fracasa, pues "no tenemos un mito victorioso, una epopeya que nos redima y hasta Bolívar se ve transfigurado por un destello de melancolía". Un país donde la lucha armada dejó de ser teofanía de los pobres y de la tierra, el ángelus prometido.

Sin embargo, la realidad le ofrece el milagro como el sonido de un pájaro alucinado que chilla en los urapanes y que hace fluir nuevamente el río de presencias y voces con un murmullo en el punto quemante de las evocaciones, para extraer el secreto de una visión completa de una Nínive, que finalmente le abre las puertas del Paraíso como el toque de un fuego luminoso con el rompe del sonido de un arpa y un coro sostenido de seres espirituales batallando, y le permite la experiencia de un lenguaje adánico, prometiéndole una suerte de redención; pues la palabra "es el camino que desde este mundo signado por el interjuego total de los enigmas, lleva al centro en profundidad del universo", para que la nada se vaya transfigurando con esa luz nacida de la emoción creadora de Dios.



La novela alterna eficazmente el monólogo interior con la tercera voz narrativa dentro de un estilo un tanto manierista que quiere ser reflejo de la realidad americana. Dentro de un tiempo psicológico que contrasta con el tiempo narrativo dentro de un *mise-en-abîme* que enlaza narraciones que contienen a su vez otras narraciones, vamos teniendo la cronología de los hechos mundiales que marcaron la historia moderna y las experiencias

de una generación vividas en esta urbe, en medio de un tejido intertextual denso, con citas bíblicas, filosóficas, literarias, matizadas con todo tipo de relatos y géneros como refranes, proverbios, poemas, canciones populares, relatos históricos, obras musicales, etc., que enmarcan el clima cultural de la época y les dan fuerza argumental a las ideas.

Es una obra con un valor testimonial indiscutible e histórico importante que completa el panorama de una narrativa urbana de ideas que logra una visión amplia, lúcida y directa de los hechos e ideas que enmarcaron las preocupaciones de toda una época y nos permite reflexionar sobre nuestra propia identidad latinoamericana.

NELLY ROCÍO AMAYA
MÉNDEZ

Un país aberrante

De parte de los infieles

Sylvia Galvis

Hombre Nuevo Editores, Colección de Periodismo, Medellín, 2001, 327 págs.

Un epígrafe de Jorge Amado que la autora pone en cabeza de uno de sus artículos, tomados sobre todo de El Espectador y luego de Cambio 16, retrata mejor que nada esta antología de artículos y reportajes de Sylvia Galvis: "La herejía es siempre activa y constructora, abre nuevos caminos. La ortodoxia envilece y pudre las ideas y los hombres". Una sensación de malestar se queda flotando por los lados de los riñones durante toda la lectura de este compendio de herejías. Nos invade una sensación de náusea. Y es que Sylvia Galvis es la más ácida y al mismo tiempo la más lúcida de las periodistas colombianas. Y no se tapa la boca. Pienso, aunque con mucha menos beligerancia, en María Ximena Duzán o en María Teresa Herrán. Pienso también en Antonio Caballe-

ro. Y si no más ácida, sí es más concreta y lúcida que Caballero, quien juega a ser el *enfant terrible* del poder, pero siempre desde el Poder, del cual los lazos de sangre y los intereses económicos no le dejan escapar.



La primera reflexión que se me ocurre es que un país que no tiene padres de la patria se presta para que los delincuentes se hagan pasar por ellos. Y otra que aterra es la velocidad con la cual pasan delante de la historia esos nombres fatídicos. Parece que mientras los nombres destinados a perdurar no son conocidos por nadie, los de los grandes escándalos se renuevan con alarmante frecuencia. Y en Sylvia Galvis citar un nombre es anatema. No es inexplicable que la mayor parte de los dardos vayan enderezados contra "el auto-denominado presidente Samper", jugando al bobo más que al corrupto. Compara su gobierno con el del general Rojas Pinilla y con otros en los que especialmente se refugiaron cuantos tenían deudas pendientes con la justicia. La ira de la periodista surge sobre todo en relación con los que ella considera fueron dos parodias de juicios, dos burlas infames: "El alma se descubre por hechos, no por discursos, así sean con vibrato". Infames son las actuaciones de Heyne Sorge Mogollón, pero también las de Horacio Serpa o las de Belisario Betancur. La autora va y vuelve sobre el *mogollonazo*, del cual se burló hasta "Tirofijo" cuando dijo a Juan Gossain que se entregaría a las autoridades con una sola condición: ¡Que lo juzgara la Cámara de Representantes! Galvis saca dos trascendentales conclusiones de estos episodios: que Horacio Serpa fue el Heyne